

Pide la Delegada Nacional

(Viene de la página anterior.)

y en las reacciones mínimas de nuestro carácter tiene que verse el refinamiento que con nuestra educación hemos recibido. Porque no cabe duda que una persona que no atiende debidamente a su higiene personal, que habla de una manera gritona y descompasada en tertulias y espectáculos públicos, que no cuida como debiera las normas que deben seguirse en la diaria necesidad de alimentarse, no cabe duda de que esta persona molesta a los demás. Y como éstos, un sinfín de detalles que sería largo de enumerar y que el evitarlos hace mucho más agradables la convivencia familiar y la vida de relación con nuestro semejante.

En otro orden de cosas, hay que ir también educando el gusto de los niños y orientándoles sus lecturas, espectáculos, etc., para que no caigan nunca en la vulgaridad de que les guste lo que no debe gustarles. Hay que enseñarles también el respeto y cortesía que deben tener para con los mayores en edad o jerarquía, conservando siempre, como es natural, el concepto que de la camaradería tenemos en la Falange. En fin, todas estas cosas que vosotros sabéis perfectamente y que hacen que los españoles, poseedores, por otro lado, de magníficas virtudes, aparezcan en muchos casos como chabacanos y groseros, y es porque les falta este refinamiento de las costumbres, que, unido a sus virtudes naturales, haría de ellos un tipo casi perfecto.

Claro que debéis tener un gran cuidado en no confundir la elegancia y buena educación con la cursilería, porque aun es peor la mala educación disimulada con una capa de finura artificial. Queremos que los españoles sean sencillamente elegantes, con esa elegancia que tendrían nuestros descubridores y esa gracia no rebuscada con que se nos presentan algunos personajes de nuestra Historia.

Porque yo os aseguro que la persona que tiene que afanarse en buscar trabajosamente las palabras y los ademanes para resultar bien, seguramente es una cursi. En cambio, veis con la naturalidad con que se expresan y se presentan algunas gentes del campo, y es porque llevan innato, como si dijéramos, ese señorío que hace a muchos españoles naturalmente elegantes. Los hombres de esos pueblos en donde, como nos decía JOSE ANTONIO, "todavía, bajo la capa más humilde, se descubren gentes dotadas de una elegancia rústica que no tiene un gesto excesivo ni una palabra ociosa".

Este tema tan complejo de la educación, que a ojos superficiales podría parecer pueril, al lado de los importantes que en este Consejo estáis tratando, tiene, como habéis visto, muy alta importancia, ya que se arraiga en uno de los postulados fundamentales de la Falange, que sólo conseguirá la Patria nueva, fuerte y gloriosa que ambiciona, cuando en cada uno de sus hijos logre resucitar, armados con las armas del día, aquel compendio de virtudes cristianas y caballerescas que el mundo envidió, bajo el nombre de un "Hidalgo Español".

Camaradas, por FRANCO.

¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

El ir decente y elegantemente ataviado... ¿no tiene importancia...? Sí; revela como un expresivo índice el tono del país, su gallardía, su higiene, su amor por la compostura personal. La moda es otro de los grandes imperios de los humanos, y detrás de los trajes muchas veces se han infiltrado costumbres y usos, e incluso ideas... El vestir a los demás al gusto de uno es testimonio de admiración, de poder y de respeto. España, en sus años inmortales, consiguió vestir a toda Europa al gusto de la moda nuestra.

Los mayores soberanos de la época vigilaban las entonaciones y las líneas de los trajes españoles para apropiárselas. En la conferencia de Somerset-House, de 1604, a la que fueron negociadores españoles, ingleses y belgas, todos iban vestidos... a la española.

Incluso los peinados de señoras eran dictados al mundo desde Madrid. Todo esto revela la grandiosidad de nuestro Imperio, que consiguió dominar al mundo

hasta en los más íntimos pormenores. Porque un Imperio es esto: escuela de victorias, amparador de la Religión y del



débil, ejemplo de sabios y artistas, lección de buenos modales y de vestiduras elegantes, cortesías de grandes y poderosos señores.

Luisa Carlota

Pero hay que tener cuidado con una interpretación blanda de la cortesía. Ya lo indica justamente Pilar Primo de Rivera. Hay que entender la galantería al servicio de la Verdad y de la Razón. Y no perderse en un mundo de finezas absurdas. Vamos a contar un caso muy «desejemplar».

Fernando VII firma, poco antes de morir, en el Real Sitio de San Ildefonso, el decreto por el que pone de nuevo en vigor la Ley Sálica. La Corona, entonces, ha de venir al infante don Carlos María Isidro. Pero la infanta Luisa Carlota, al servicio de los liberales, tropieza con el ministro Calomarde, que porta el trascendental decreto. La infanta, con osadía, se lo arrebató, lo rompe y da un bofetón al ministro. Y Calomarde, afeitado, dice una bella frase: «Manos blancas no ofenden».

Pero esta frase amable hubiera tenido toda la auténtica cortesía española si



el ministro... hubiera salvado el decreto. Este decreto que posiblemente hubiera hecho innecesarias las guerras civiles del XIX español.

Castilla

El ciego sol se estrella en las duras aristas de las armas, llaga de luz los petos y espaldares y flamea en las puntas de las lanzas.

El ciego sol, la sed y la fatiga... Por la terrible estepa castellana, al destierro, con doce de los suyos —polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón a piedra y lodo Nadie responde... Al pomo de la espada y al cuento de las picas el postigo va a ceder. ¡Quema el sol, el aire abrasa!

A los terribles golpes, de eco ronco, una voz pura, de plata y de cristal, responde... Hay una niña muy débil y muy blanca en el umbral. Es toda ojos azules y en los ojos lágrimas. Oro pálido nimba su carita curiosa y asustada.

«Buen Cid, pasad. El rey nos dará muerte, arruinará la casa y sembrará de sal el pobre campo que mi padre trabaja...

«Idos. El cielo os colme de venturas...
«En nuestro mal, ¡oh Cid!, no ganáis nada».

Calla la niña y llora sin gemido... Un sollozo infantil cruza la escuadra de feroces guerreros, y una voz inflexible grita: «En marcha!»

El ciego sol, la sed y la fatiga... Por la terrible estepa castellana, al destierro, con doce de los suyos —polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

MANUEL MACHADO

